

Carlos Keller R.

## PRIMAVERA EN EL VALLE CENTRAL

### INVASIÓN DE LA COLONIA

**22** de Diciembre. Ayer llovió todo el día. Pero cuando, todavía en la oscuridad de la noche, el auto salió de Santiago, el cielo se presentó despejado. Penetraba al coche ese delicioso aire de las noches de primavera. Esperanza y premio por los calores del día. Y, además, húmedo, impregnado de esa saturación tan viva y despierta de la tierra. Hacia el Oriente, se extendía la muralla negra de la Cordillera cual silueta cortada en papel negro a tijera. Más tarde, cuando comenzó a amanecer esa muralla se disolvió. Primero parecía como si se hubieran colocado diferentes bastidores, uno tras otro, pero después surgieron los cuerpos de las montañas.

Fué una mañana transparente de primavera. El paisaje se presentaba pulido y limpio, como si un gigante lo hubiera lavado el día anterior. El paisaje del Valle Central es de una sencillez encantadora. Potrerros verdes, sauces frondosos, alamedas sin fin, ranchos blanqueados de inquilinos, con parras y nogales, de vez en cuando una aldea de aspecto rústico, y más allá, sobre el horizonte, la nueva perenne de la Cordillera. Una luz suave baña todo esto y le participa una dulzura un tanto melancólica.

Muy pausada es la vida en estos campos. Atravesamos grandes latifundios señoriales. Las chácaras, cuyos cultivos rinden óptimas cosechas, están en manos de medierôs o sub-arrendatarios. Los métodos de explotación que emplean son los que heredaron de sus padres, y éstos, de sus abuelos. Todavía utilizan el arado de palo, cuya existencia no me querían creer en Europa. No saben preparar la tierra, apenas conocen el abono, no combaten la maleza, trillan a yeguas. Las carretas de bueyes se mueven lentamente por el camino. Los inquilinos viven contentos en sus ranchos. Su vida no tiene ningún sentido. Han aprendido demasiado a obedecer, en tres siglos de coloniaje. Es bueno que el hombre mantenga su equilibrio, que no lo aniquile espiritualmente la duda ni físicamente la rebeldía. Pero necesita un aliciente, un ideal, necesita sueños intranquilos, impulsos que lo precipiten hacia adelante. Necesita una dosis de duda, de rebeldía. El equilibrio absoluto es la muerte. La Colonia triunfó en Chile central exageradamente. ¡Después de tanta lucha, tanta tranquilidad!

Las aldeas (a algunas de ellas solemos llamar ciudades, por eufonía) son risueñas y tranquilas. Apenas me acuerdo de una chimenea que haya visto durante todo el viaje. Siempre esas fachadas con altas puertas y altas ventanas hacia la calle. Vida urbana aparentada en poblaciones rústicas. Han conservado las modalidades caballerescas, el lenguaje pulido, los gestos de gran mundo (herencia de la Colonia), pero esas modalidades, ese lenguaje y esos gestos no están ligados con el trabajo cotidiano. La forma prima sobre la vida. Pero la forma es una mera sombra de algo que fué vida en otro tiempo, no es vida actual. La forma mata la vida.

La vida se mantiene sin que nadie sepa por qué, en este Chile Central. Por tradición, quizá. ¡La naturaleza es tan pródiga! No se necesita comercio, no es

preciso trabajar para el mercado. La vida es algo perfectamente natural.

Desgraciadamente, la tradición mata el progreso.

### LUCHA CONTRA LA COLONIA

Pero el cuadro que ofrece Chile central no sería completo si no agregara algunos rasgos que parecen de otro mundo. Desde luego, los caminos. En gran parte, son excelentes, especialmente en los alrededores de Talca y de Linares. Donde todavía han conservado su forma antigua, se puede observar trabajo. Hay partes cortadas que lo obligan a uno a desviarse del camino real, pero ello se debe a que se está construyendo una nueva calzada. En los trabajos se nota espíritu moderno: medios mecánicos de transporte y movilización, esfuerzo dinámico, orden y finalidad. Muy pocos puentes faltan que construir en el camino longitudinal. Si las construcciones siguen en las mismas condiciones, dentro de pocos años tendremos una red caminera de primer orden.

El camino bueno es el gran propagador del espíritu económico moderno. Extiende el mercado hacia el campo; el comerciante lo emplea para comunicarse con el agricultor y comprarle los productos; el agricultor se acostumbra a producir para el mercado; se apodera de él el espíritu de lucro, sin el cual no hay progreso. La vida pausada y risueña se convierte en un torrente, se trabaja con énfasis, los productos circulan rápidamente, se trata de mejorar los rendimientos y las calidades, se explota el último metro disponible de tierra, terminan la lentitud y el desorden de la Colonia.

Al volver a visitar una aldea, a través de la cual se construyó entre tanto un camino moderno, siempre me parece difícil reconocerla. Antes, un camino pesado, en mal estado, casas mal tenidas, polvorientas, «Colonia». Ahora, limpieza, impulso, trabajo persis-

tente, vida moderna. El camino transforma la vida. Quinta, San Javier, Villa Alegre, Yervas Buenas, Santa Clara: ¡qué bien se presentan en su nuevo vestuario! Han cambiado profundamente en pocos años, al menos en su aspecto exterior. Sin duda, en corto tiempo más también tendrán una nueva alma.

Desgraciadamente no son muy numerosas las poblaciones cual éstas. El latifundismo colonial impide el crecimiento de Chile central. Tenemos en todo el país poco más de un millón de hectáreas de tierras regadas y podríamos tener, sin exagerar, cinco millones. En esta superficie, subdividida la gran propiedad, cada cinco hectáreas podrían alimentar diez personas, lo que nos daría un total de 10 millones de campesinos, sólo para los cinco millones de hectáreas que se pueden regar en el país, sin contar el resto de nuestras tierras, las ciudades y las minas.

Hemos emprendido la modernización de nuestro territorio. Hemos creado cajas de fomento económico, iniciado las obras públicas tan necesarias en un país tan colonial, hemos reformado nuestra educación, tratando de basarla en los principios de la vida actual, pero nos falta todavía que poblar nuestros campos desiertos. La Caja de Colonización Agrícola debería ser el fundamento de toda nuestra política económica. Los caminos y las demás obras emprendidas harán progresar enormemente lo que actualmente existe en el país, pero su plena utilización sólo será posible si aumentamos la población, para que mayor número de personas disfrute de este fomento.

Así también daremos fundamento a la industria manufacturera incipiente, cuyos progresos son lentos por falta de consumidores, y así también nuestro sistema económico, basado hoy día en el mercado mundial y expuesto, en grado máximo, a sus constantes alzas y bajas, adquirirá ese ligamento orgánico y la estabilidad interna que tanto le hacen falta. La in-

migración viene a ser así el gran problema insoluto de nuestro futuro. La tierra colonial de Chile central, tan pródiga en sus frutos, tan privilegiada en su clima, necesita brazos e inteligencia para convertirse en un núcleo de intensa vida moderna.

### EL GLACIS DE LA ARAUCANÍA

Lector, ¿has cruzado alguna vez la inmensa llanura que se extiende desde Chillán hasta Los Angeles? Probablemente no conozcas esta tierra, pues el ferrocarril parece huir de ella, al buscar refugio en las laderas de la Cordillera de la Costa, circunvalándola en pronunciada curva. Pues, al entrar en esta tierra, creerás cruzar un desierto. El suelo consiste en arenas volcánicas, y está cubierto de raquíuticos arbustos. Apenas encontrarás un rancho, pobre y miserable cual la tierra en que se construyó.

Es un inmenso arenal aquel territorio, casi des poblado. Es el glacis de la Araucanía. Durante tres siglos se luchó sobre esta tierra. Los araucanos la invadían durante la primavera, verano y otoño de cada año, y sólo en invierno existía relativa calma. Más tarde, los indios de la pampa argentina hacían en ella sus terribles invasiones, y todavía en el siglo pasado, los Pincheira encontraron aquí un refugio.

Es un campo de batalla ideal. El terreno plano permite la rápida movilización de las hordas guerreras. En una noche podían llegar del Bío-Bío a Chillán. En caso de desastre, la fuga era fácil. No hay accidentes del suelo que la impidieran. Los españoles no tenían fuertes ni poblaciones en el corazón de este territorio. Por el Sur, Los Angeles se aproxima a los primeros contrafuertes de la Cordillera. Más al Norte, Antuco ya casi es Cordillera, y al Poniente, Yumbel se protege con la Cordillera de la Costa. Además, la misma ari-

dez del suelo impedía que se poblara con mayor intensidad.

Sobre este glacis se formó, como es natural, una población de cualidades especiales: astuta, valiente, enérgica y, además, porque la camaradería era la base de su existencia, fiel y reconocida. Son cualidades que ha conservado hasta nuestros días. El obrero de Chillán es un obrero sui generis en Chile.

¿Es posible dar a estas tierras desiertas una destinación más humana? Ahí tenemos el ejemplo de la hacienda de La Aguada de Yumbel. Cuando su propietario se radicó entre las dunas del Laja, todos los consideraban como visionario, como un perdido. Pero con los años, La Aguada surgió y hoy es una de nuestras haciendas ejemplares. Una hacienda industrializada, cuyos productos, transformados y, por lo tanto, valorizados, salen de las fronteras del país.

### LA ARAUCANÍA

Al atravesar los campos de los alrededores de Yungay nos saludan los primeros representantes de la Araucanía: unos grandes coihues que una mano humana conservó en los roces. El cambio completo del paisaje en el momento de penetrar en la Araucanía se debe, en primer término, a los árboles que surgen por todas partes. Pues durante todo el viaje, desde Santiago hasta más allá de Collipulli, no se cruza un solo bosque, excepto una pequeña plantación que existe antes de llegar a Chillán. Naturalmente, existen infinitas alamedas, pero no hay monte.

Dos causas explican este hecho un tanto extraño. En el centro del país, los arbustos que cubren la Cordillera de la Costa y de los Andes son suficientes para proveernos de leña y de carbón vegetal. Los bosques artificiales — en su mayor parte, pino y eucaliptus — no nos dan una madera fina, aprovechable para cons-

trucciones o trabajos de mueblería. Son árboles que crecen con suma rapidez, pero que producen una madera poco valiosa, aunque para leña y otros efectos su plantación es un buen negocio. Así nos hemos acostumbrado a surtirnos de las excelentes maderas finas que nos entregan las selvas vírgenes del Sur. La plantación artificial de estos árboles parece posible, pero su crecimiento es sumamente lento (60 a 70 años), y el hacendado chileno, aunque tradicionalista en sus métodos, no iniciará jamás un negocio a plazo tan prolongado. 10 años le parecen excesivos. Por esta razón, la población forestal del Valle Central no será solucionada hasta que el Gobierno inicie una política forestal activa.

Las selvas australes se están retirando de los ferrocarriles y caminos. Cada año, la sierra y el fuego invaden mayores extensiones de montes. A lo largo de las vías principales ya casi han desaparecido los últimos vestigios de la rica flora forestal que cubría antaño los campos. Se han conservado algunos hermosos ejemplares de coihues y raulíes, reunidos a veces en pequeños grupos que sirven de refugio al ganado en invierno, o también formando extensiones tupidas en los pantanosos bajos. Pero a pesar de desaparecer el monte, la Araucanía ha conservado los caracteres que adquirió en la lucha contra la selva.

Ya no existen los hermosos caminos que encontramos hasta Chillán. Falta toda señalización. Los pueblos ofrecen un aspecto de suma rusticidad; sus casas son construcciones livianas de tablas, mal ajustadas, sin el menor indicio de belleza. La población campesina es pobre; hay en ella un fuerte injerto indígena. Es la Araucanía una tierra en que la cultura jamás parece haber penetrado, y los atractivos que ofrece hay que buscarlos alejándose de todo lo que lleve rostro humano.

Pero en esos rostros tan graves se manifiesta la energía y voluntad que han adquirido en la lucha con-

tra la selva. La voluntad de surgir, de imponerse, de realizar el ideal económico, de hacerse ricos cultivando el suelo y extrayéndole la inmensa fortuna que encierra. Si prescindimos de la región minera y de Magallanes, la Araucanía es la única región de Chile dotada de espíritu yanqui. Temuco es una ciudad de movimiento asombroso. Su aspecto no difiere del de otros pueblos de la Frontera; es una de las ciudades más feas de todo el país. Pero es una ciudad que surge, que se desarrolla con rapidez norteamericana. Y su movimiento y desarrollo no es sino el fiel reflejo de lo que está ocurriendo en toda la provincia de Cautín, que en pocos años ha llegado a ser nuestra primera provincia agrícola. Al observar tal evolución de año en año, me he podido dar cuenta de las fuerzas que genera la lucha sorda y victoriosa contra la selva. Al ceder ésta ante el brazo del hombre, parece haberle transmitido la savia de su brava naturaleza.

Pero hay un segundo factor que nos explica este rápido desarrollo. Me refiero al colono. Cuando se sometió la Araucanía a la soberanía nacional—a principios de los años 80—el elemento intranquilo de las provincias centrales emigró a la Frontera. Cambió la suerte tranquila y risueña de inquilino por la agitada y aventurera de domador de la selva. Cambió la esclavitud por la libertad. Una esclavitud dulce por una libertad amarga, llena de sacrificios. Más tarde, el Estado radicó a esos pioneros de la Araucanía, a los que se asociaron elementos extranjeros de igual temple. Organizó colonias. En la forma más absurda y torpe que jamás se haya inventado en el mundo: trazando sobre un mapa líneas rectas y paralelas, y dividiendo así un inmenso territorio en pequeños rectángulos de 40, 60 y 80 hectáreas. Se los entregó en seguida a los colonos y los encargó a su propia suerte. Así se convirtieron en propietarios de un rectángulo absurdo de tierras cubiertas de monte salvaje. No había caminos,



no había mercados, no había médico, hospital o auxilio alguno, no había cura ni almacén ni nada. Existía un rancho miserable, construido de algunas docenas de tablas. Padecieron hambre. No podían protegerse contra la intemperie. Pero tenían brazos fuertes y una voluntad de hierro. Lucharon contra la selva. Hicieron a muerte los gigantescos monstruos del monte. El hacha, la sierra y el fuego aniquilaron al enemigo. Le arrebataron unos pocos metros de tierra cultivable, sembraron en ella arvejas y avena cada año, aumentaron la superficie cultivada. Hoy pueden vivir, ya no padecen hambre.

Pero la lucha no ha terminado. Todavía se encuentran abandonados, pobres y miserables. El aspecto que le ofrece la Araucanía al viajero es un simple reflejo de la vida de esos pobladores.

A ellos la Frontera le debe lo que es actualmente. Temuco es un símbolo del colono de la Araucanía. El le ha dado la vitalidad pavorosa que lo caracteriza. Temuco es ciudad fea y miserable, pero ciudad del porvenir. Osorno es ciudad señorial, centro de una provincia latifundista, muy bien tenida, muy limpia y pulida, muy atractiva, pero ciudad muerta.

El gobierno actual del país, que está transformando el espíritu colonial del Valle Central, ha iniciado una amplia política de fomento en Cautín. En pocos años desaparecerá la rusticidad de la provincia, las colonias existentes serán cruzadas por caminos modernos, habrá cooperativas, habrá crédito, habrá agricultura intensiva. Cautín será una de nuestras más bellas provincias. Entonces el rostro serio y grave del colono será acariciado por primera vez después de medio siglo de lucha, por una sonrisa.

Por la sonrisa de la melodía eterna  
del trabajo.